

NOTAS COSTUMBRISTAS DEL DUQUE DE RIVAS EN NÁPOLES

"En este país", repetía muchas veces con amargura Mariano José de Larra en su polémica constante, evidenciando, con sus animados cuadros de costumbres, los defectos de la sociedad española del momento.

Casi en los mismos años, el duque de Rivas, educado como Larra en un ambiente refinado y hombre dotado de un sagaz espíritu de observación, recién nombrado ministro plenipotenciario ante la Corte de Fernando II, en los primeros *meses* de su residencia en Nápoles adopta una actitud de criticismo negativo frente a la sociedad partenopea, señalando aspectos típicos de una tierra extranjera y condensando y exagerando los defectos de este país "otro" en el cual le toca vivir como diplomático. Escribía a un amigo suyo:

Mi querido Antonio: estoy contento de este país, *física y arqueológicamente* hablando, pero no tanto mirado bajo otros puntos de vista¹.

Con esta premisa humoral, el duque empieza a esbozar en su carta un cuadro de la realidad napolitana en 1844, añadiendo una lista de las muchas incomodidades que supone la vida cotidiana en Nápoles:

El clima no es ni con mucho el de nuestra Andalucía, las gentes no tienen afectos de ninguna especie [...], los jóvenes son insulsos y pazguatos, la alta sociedad un trasunto pálido y descolorido de la de París; la mediana, encogida, grave y *secatora*; la baja, soez, sin alegría ni chiste. Las mujeres en Nápoles no pasean, no se las ve en las calles ni en las tiendas. Las muchachas solteras no van a ninguna parte y jamás se las ven en las tertulias. Los teatros son malísimos, y el amor es pasión desconocida aquí, incluso el honesto y a santo fin encaminado; pues los matrimonios en todas las clases, y con muy contadas excepciones, se hacen por ajuste de familia. [...] También habrás oído ponderar siempre la baratura de Nápoles, y yo te aseguro que es una corte tan cara como París, en queriendo salir un paso de la obscura medianía, y de lo meramente preciso. Te aseguro que me he llevado un gran chasco, que pasamos los días y las noches en el mayor aburrimiento y yo cada día echo más de menos mi capa parda, mi calañés y mi patio de Sevilla; y mis paseos en el Prado, mis ratos de Ateneo y mis tertulias de Madrid.

¹ La carta de Rivas, del 18 de Junio de 1844, la publica G. Boussagol en *Ángel de Saavedra, duc de Rivas. Sa vie, son oeuvre poétique*, Toulouse, Imprimerie et Librairie E. Privat, 1926, pp. 471-472.

Sin duda, en esta carta a Antonio Gutiérrez de los Ríos, el duque de Rivas se propone recopilar sus impresiones con rápidos toques de pincel y, mezclando rasgos de color con la experiencia personal de ciertos aspectos peculiares de la sociedad napolitana, observa personas, cosas, costumbres, sin hallar algo nada que merezca su aprobación. Quiero decir que el Rivas pintor y poeta romántico, en estas notas de sabor costumbrista² intenta sólo comentar, de forma irónica, unos elementos típicos y cierta manera napolitana de vivir que, por contraste, despiertan en él nostálgicas referencias a su estilo de vida español.

De hecho, el duque pretende sólo dar una impresión de la sociedad partenopea en su conjunto, no quiere estudiar categorías sociales o tipos humanos introducidos como personajes en una composición literaria, en un cuadro de vida urbana, en una escena regional o rural. En este sentido le falta al duque de Rivas una finalidad ética o artística.

El escritor no utiliza la fórmula de las memorias, del diario o del artículo literario para grabar sus estampas de vida social y proporcionar aspectos típicos de la ciudad en que se encuentra o de las tierras que recorre. Y le falta o, mejor dicho, emplea al revés la tendencia moralista y docente que empuja a los articulistas de costumbres a encabezar sus escritos con una cita o un lema como puede ser el popularísimo "casti-gat ridendo mores". La *vis* polémica de Rivas no apunta la situación socio-política debida al poder despótico de Fernando II, y "la pintura moral de la sociedad"³, otro dogma costumbrista, no encierra un valor espiritual, trascendental, sino que revela, en el intimismo confidencial de la carta familiar, una observación de la realidad humana finalizada a unos malogrados apetitos o ilusiones que, según parece, acompañaban al duque en su traslado a Nápoles.

El hecho es que, aunque Fernando II y los notables del reino hayan recibido muy bien al aristocrático ministro plenipotenciario, las primeras impresiones de aquella corte no son favorables. El hombre de mundo no llega a apreciar la vida en una ciudad que, en cambio, según el parecer de la mayoría de los viajeros extranjeros, se distinguía, en aquella época, por el brillo de los teatros, por el lujo de los salones de la aristocracia y por las numerosas tertulias culturales, literarias y musicales.

² Entre los estudios sobre el género costumbrista recuerdo los datos aportados por E. Correa Calderón, *Costumbristas españoles*, Madrid, Aguilar, 1950; *id.*, *El costumbrismo en el siglo XIX*, en *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, ed. G. Díaz Plaja, Barcelona, Vergara, 1957, pp. 245-258; E. Caldera, *Il problema del vero nelle "Scenas Matritenses"*, *Miscellanea di Studi Ispanici* dell'Università di Pisa, Firenze, Tipografia Giuntina, 1964, pp. 101-121; J. Escobar, *Sobre la formación del artículo de costumbres: M. de Rementería y Fica redactor del 'Correo literario y mercantil'*, "Boletín de la Real Academia Española", L (1970), pp. 559-573; S. Kirkpatrick, *The ideology of Costumbrismo*, "Ideologies and Literature", II (1978), pp. 28-44; J. F. Montesinos, *Costumbrismo y novela*. Madrid, Castalia, 1973.

³ Véase R. Mesonero Romanos, *Panorama Matritense*, Madrid 1862, p. XVII.

Además el duque, que presume ser un *tombeur de femmes*, un impenitente y afable libertino, no parece encontrar, en un primer momento, la simpatía y la amistad del "sexo débil". Al contrario, experimenta una realidad completamente diferente de las ilusiones que habían acompañado su viaje a Nápoles; la contrariedad y el desengaño lo inducen a un esbozo severamente crítico de unas costumbres que, a sus ojos de simpático calavera, de arrugado don Juan, aparecen hipócritas y provincianas. Por eso, en la carta para Antonio de los Ríos, él deplora el pudor femenino y es pródigo de calificaciones negativas que vuelcan las tópicas representaciones no sólo de la ciudad, sino también de las mujeres partenopeas siempre renombradas por su donaire y hermosura:

Las mujeres son feísimas, sosísimas, sin gracia alguna y *castísimas* [...] Las mujeres aquí no coquetean ni miran a la cara [...] Cuanto has oído contar toda tu vida de Nápoles son patrañas y la facilidad en las mujeres y la afluencia de corredores de oreja, y el *cavalier servente* y *el patito*, y las cenas escandalosas etc., todo todo falso. Ni tampoco hay sidonistas⁴ ni cosa que le valga. Te aseguro que ni aun idea tenía de un pueblo de tan buenas costumbres y de continencia tan perfecta.

La luz sarcástica, maliciosa, de esta polémica descripción se refleja en una epístola poética en la cual el duque se desahoga con el cuñado Leopoldo de Cueto:

Y en llegando a Madrid, su merecido
He de dar a la turba charlatana
De tanto embaucador y fementido,

Que, como acordarás, por la mañana Nos
tuvieron con tanta boca abierta
Y de venir aquí dándonos gana.

"No hay región en el orbe descubierta
Cual Nápoles", decían. (¡Embusteros! No
volverán a atravesar mi puerta).⁵

⁴ O: "sodomitas". Es difícil descifrar la palabra en el autógrafo.

⁵ A. De Saavedra, Duque de Rivas, *Obras completas*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1895, v. II, p. 295.

Con irónica énfasis maniquea, Rivas orienta la lozana tradición encomiástica de Nápoles según un rumbo negativo que él traza y sigue. Lo irónico y lo pintoresco⁶ de sus notas de vida partenopea pueden entroncar con el cauce crítico del costumbrismo, género elástico, variado y permeable⁷, esbozando un modo de vivir de la época, situaciones ambientales, hábitos comportamentales, rasgos característicos del pueblo, de la nobleza o de la burguesía. Pero cabe subrayar que el bosquejo par-tenopeo de Rivas es un caso atípico de costumbrismo por medio del cual un moralismo al revés, que a veces se convierte en violenta censura, juzga negativamente caracteres y tradiciones de un contexto extranjero.

De todas maneras, pocos meses son bastantes a Nápoles, y a las napolitanas, mujeres del pueblo o aristocráticas, para reconciliar y hasta entusiasmar el duque siempre muy festejado por su fama de escritor y por su habilidad de pintor aficionado que, como refiere Juan Valera, agregado en la legación española en Nápoles, empieza a pintar "muy bonitos cuadros, generalmente mujeres en cueros o poco menos, que copia del natural después de haberlas gozado". Además, tres sonetos dedicados a una Lucianela, bonita y sensual pescadora de Mergellina, definen un cambio radical de juicio y atestiguan un repentino interés del duque por las costumbres populares.

En un momento de gran éxito de tipos y escenas costumbristas que aparecen en la prensa periódica española, una excursión al Vesuvio ofrece a Rivas la ocasión de publicar un artículo con unas notas pintorescas que acaso pueden entrar en la tipología del "costumbrismo de los viajeros".

Pocos años antes, Giacomo Leopardi, con *La Ginestra*, había identificado poéticamente el mundo a través del sutil análisis de su mundo interior cuando vivía "Qui su l'arida schiena/ del formidabil monte/ sterminator Vesevo". En cambio el duque cuenta, con singular gracia humorística, los trabajos y los lances curiosos de la clásica escalada nocturna del volcán - para contemplar las lavas de fuego y el espectáculo del sol naciente

⁶ E. Correa Calderón habla de los "abigarrados apuntes de color" de los escritores del género en *Estudio preliminar a "Costumbristas españoles"*, Madrid, Aguilar, 1950, p. 71.

⁷ A. Peers, en *The History of the Romantic Movement in Spain*, v. III, Cambridge, University Press, 1940, ve en el volumen *Los españoles pintados por sí mismos*, el ápice de esta moda literaria. Ofrece un iter cronológico del costumbrismo C. Cornelia, en *Note per una definizione ideologica e storica del "costumbrismo" nella letteratura spagnola*, "Annali-sez.romanza" dell'Istituto Orientale di Napoli, XIX,2 (1977), pp. 435-454..

- avivando con experimentada habilidad colorística la cuadros de vida y de tipos locales que se destacan entre la retórica y el efectismo romántico de la pintura del paisaje. Los guías del Vesuvio, "hombres atléticos y medio desnudos, de rude aspecto", conducen las caravanas de viajeros que cabalgan a la luz de hachas de viento, pasando a través de "quebras asperísimas y espantosos despeñaderos". Para subir la cuesta,

en algunos parajes casi perpendicular, cubierta y erizada de espesas y colosales escorias, de puntiagudos peñascos, de lava pietrificada, /.../ los que no se fían tanto de sus fuerzas y de sus pulmones, se hacen preceder por un guía que lleva dos largas correas cruzadas sobre el pecho; se agarran fuertemente de ellas, y caminan como colgados en la mayor ansiedad, faltándoles muchas veces el terreno en que afirman los pies, y despechados de haber encadenado su albedrío y entregado su suerte a aquel hombre rudo y desconocido que, más ágil y fuerte que ellos, se complace acaso en llevar a sus víctimas por lo más difícil y peligroso. Y, en fin, los que por su desgracia se encuentran débiles o enfermos o con más años a costas de lo que quisieran, suben en portantinas".

Cuatro hombres llevan, como santo en andas, al cuitado viajero en la mayor ansiedad, con sus dos pies colgando y en el más inminente peligro. Lo empinado de la cuesta da una inclinación tan grande hacia atrás a la portantina, que es menester tenerse fuertemente asido a ella para no desocuparla. [...]. Muy a menudo, o tropieza uno de los mozos, o se le rueda el terreno, y resbala y cae, y da a la portantina de repente tal sacudida, que parece va a precipitarse.

Divertidísima es la bajada por una lisa rampa de ceniza de unos cincuenta grados de inclinación. Por ella se deja uno ir con gran rapidez y sin poder detenerse [...] pero no sin burla y risa de los compañeros de viaje más diestros o más afortunados. Ni hay en ello más peligro que el de encontrar soterrado en la ceniza algún pedazo de lava, contra el que es fácil romperse una pierna. Desechas las botas, abrasados los pantalones, destrozadas las levitas y abollados los sombreros, nos encontramos en el valle...⁸

* * *

Poco menos aventurosa de esta pagana 'romería' al templo del dios Vulcán es una excursión a las ruinas de Paestum que Rivas eterniza en otro artículo.

En la tematización del viaje, la *vague* costumbrista parece rozar y contagiar también al duque y la breve crónica no falta de motivos y materiales narrativos que testimonian

⁸ *Viaje al Vesubio*, en *Obras Completas del Duque de Rivas*, ed. de J. Campos, Madrid, B.A.E., 1957, v.III, pp. 335-341. Unos ejemplos de las muchas descripciones del Vesuvio se encuentran en P Gasparini-S. Musella, *Un viaggio al Vesuvio*, Napoli, Liguori, 1991.

una variedad de personajes locales y de formas de cultura popular, como el recuerdo, que se despierta en la catedral de Salerno, del nigromante Pietro Baialardo⁹.

En su conjunto los tipos humanos, rápidamente esbozados, aparecen como figurantes, sin dimensión ética y psicológica, y desarrollan una función coral: los marineros de Amalfi "con camisas blancas como la nieve, calzoncillos cortos, listados de azul, y gorros colorados"¹⁰, o los escasos habitantes de Paestum, "comarca casi desierta," que

pálidos, hinchados, contrahechos, víctimas, de la insalubridad del territorio,[...] yacen allí en miserables chozas y mezquinos casucos esparcidos por aquellos campos y viven de la caridad de los extranjeros que van a visitar aquellas ruinas y no prefieren ejercitarla con mejor probabilidad en las calles y plazas de Nápoles, o ir a arrastrar su miseria y su desnudez donde a lo menos el aire les sea salutarífico...¹¹

Unas notas de color oscuro contribuyen a fijar la escenografía dramática, rica de contrastes, en que apenas aparecen los pobres paisanos casi aplastados por la aparición de los templos colosales, severos, majestuosos:

un campo extenso y llanísimo, cubierto de juncos y carrizales que crecen entre cenagosos pantanos, donde, como para dar un aspecto más tétrico y salvaje al país, apacentan un gran número de búfalos[...] A medida que avanzábamos, conocíamos la influencia del mal aire [...] Fumando buenos cigarros habanos procuramos despa-bilarnos y a las tres horas de haber salido de Salerno[...] reparamos en el colosal y magnífico templo de Neptuno¹².

Acaso pueden canalizarse en la corriente costumbrista unas secuencias de la sangrienta historia de la sublevación de Masaniello¹³ que Rivas compone estando en Nápoles. El asunto, la ciudad, los personajes ofrecen muchos caracteres del teatro romántico en que lo patético y lo horripilante se alternan con rasgos de sabor cómico y la idealización más desafortunada convive con cuadros realistas de costumbres.

⁹ El célebre mágico es protagonista de *El Máximo de Salerno* que el censor de comedias Juan Salvo y Vela escribió en 1715; ver J.L. Gotor, *Carte spagnole*, Roma, Bulzoni, 1984, pp. 259-298.

¹⁰ *Viaje a las ruinas de Pesto*, en *Obras Completas*, ed. J. Campos, cit., p. 346.

¹¹ *Ibid.*, p. 351.

¹² *Ibid.*, pp. 348-349.

¹³ Rivas escribió su ensayo sobre Masaniello, entre 1844 y 1847.

En la neutralidad de la escritura histórica, no sólo el autor deja entrever unas señas de su ideología y orientamento axiológico sino también huellas de su gusto descriptivo e interés etnográfico:

A las dos de la tarde [el virrey] salió de palacio en su carroza de gala, seguido de otras muchas en que iban los Consejos y altos funcionarios del reino, circundado de pajes y escuderos a pie y a caballo. Le precedían cien caballeros españoles con tímpanos y clarines: Masanielo, vestido de tela de plata, y el hermano de éste, con traje también de plata sobre fondo azul celeste, iban a las portezuelas en sendos caballos hermosísimos, enjaezados con primor y riqueza, y detrás marchaban Genovino en silla de manos por su mucha edad [...]. Tomó la procesión por la calle de Toledo, y crecía tanto en ella el gentío, que no se podía dar un paso. Por lo que Masanielo tuvo que mandar a las turbas detenerse, siendo, como siempre en todo, puntualmente obedecido¹⁴.

Una serie de escenas descubre, en la topografía de la corte partenopea, usos populares, fiestas civiles y religiosas, procesiones y diversiones públicas de la época virreinal que, al menos en parte, mantienen una atractiva y carácter de actualidad aún en los años en que Rivas vive en Nápoles.

En la variada galería de tipos, sobretudo hombres y mujeres del pueblo, destaca el 'cameo' de la zafia y grosera mujer de Masanielo que, pavoneándose y ataviada con ricos vestidos, se entrevista en Palacio con la Virreina:

También la duquesa de Arcos se puso aquel día en amistosa comunicación con la mujer del pescadero, enviándole un rico presente de vestidos y joyas, con que no tardó ella en engalanarse afectando entre sus parientes y amigas, todo lo ínfimo del populacho, una cómica gravedad y una ridícula altanería. [...] En tanto que Masanielo estaba en Posílipo envió la virreina sus carrozas y su séquito a traer a Palacio a la zafia mujer del pescadero, la que, vestida riquísimamente[...] con su suegra y su cuñada, con un niño de pecho sobrino suyo en los brazos, y con acompañamiento de unas cuantas vecinas, todas con magníficos trajes, que formaban ridículo contraste con sus fáchas toscas y con sus modales groseros, marchó muy horonda a palacio¹⁵.

Forma epistolar o descripción directa ponen a prueba las facultades de escritor-retratista del duque de Rivas que observa y pinta clases y tipos sociales del presente

¹⁴ A. de Saavedra, duque de Rivas, *Estudio histórico de la sublevación de Nápoles capitaneada por Masanielo*, Madrid, Espasa Calpe, 1946, p. 100.

¹⁵ *Ibid.*, p. 110.

y del pasado con el empeño de captar aspectos, costumbres, matices varios, curiosos o inquietantes de una ciudad a la vez movidiza y eterna, extranjera pero, a pesar de todo, hechicera y familiar.

TERESA CIRILLO SIRRI *Istituto Universitario
Orientale di Napoli.*